conducta, la paciencia de Dios suministrándole con delicada ternura tanta luz, que sin coartar su libertad, le levanta victorioso desde los abismos de la duda y la pasión hasta las más elevadas cimas de la verdad, de la pureza y del amor divino; y sobre lo dicho, para coronar dignamente obra tan portentosa, las lágrimas de esta madre nunca vista, que obliga á Dios á venir en socorro de su hijo; cosas son que los hombres no olvidarán jamás, y que les obligarán siempre á visitar enternecidos los lugares de tan grandes maravillas.

CAPITULO XIII

CASIACO.—SANTA MÓNICA VA CON SU HIJO Á UNA CASA DE CAMPO PARA PREPARARLE Á RECIBIR EL SANTO BAUTISMO.—MÓNICA ASISTE Á LAS CONFERENCIAS FILOSÓFICAS DE AGUSTÍN Y SUS AMIGOS.—LA MADRE DEL PLATÓN CRISTIANO

Septiembre del 386 á Enero del 387.

Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra; y pues habéis roto mis prisiones, quiero tributaros un sacrificio de alabanza. Que mi corazón y mi lengua os alaben; que todos mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿quién es semejante á Vos? que hablen, y Vos, Señor, responded y decid á mi alma: Yo soy tu Salva-

»dor. ¡Oh Cristo! ¡oh Jesús! Sí, Vos sois mi apo-»yo y mi redentor (1)».

A este sentimiento de admiración y reconocimiento que llenaba el alma de Agustín al día siguiente de convertirse, uníase otro que no era menos profundo ni menos suave: Agustín se encontraba renovado, pero de una manera que jamás pudo pensar. Lo que admiraba ayer, hoy no le causaba ya sino desprecio. «¡Oh cuán »dulce y gustoso fuéme carecer de unos deleites, »que sólo eran vanidad. Vos los arrojasteis de »mi alma, oh Dios mío, reemplazándolos con vues-»tra presencia, que es dulzura amable y supe-»rior á todos los deleites; con Vos, más claro, »hermoso y trasparente que la luz, aunque tam-»bién más secreto y desconocido que lo más »íntimo y recóndito; con Vos que sois más ex-»celso, sublime y elevado que todos los honores, »aunque no para aquellos que se consideran »grandes á sí mismos. Y mi corazón se veía li-»bre de los cuidados que producen la ambición, »el amor á la riqueza y el deseo de placeres cul-

(1) «¡O Domine, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ. Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis. Laudent te cor meum et lingua mea; et omnia ossa mea dicant: Domine, quis similis tibi? Dicant, et responde mihi, et dic animæ meæ: Salus tua ego sum... O Christe Jesu, Adjutor meus et Redemptor meus!» (*Confes.*, lib. IX, cap. I.)

»pables; entonando cánticos de alabanza á Vos, »que sois mi gloria, mi riqueza, mi salud, mi »Dios y mi Señor (1)».

Santa Mónica oía enajenada los desahogos del alma de Agustín, y no menos entusiasmada que él, sostenía con su voz y su corazón esos primeros himnos; debiendo añadirse que como estaba ya en el apogeo de la perfección, y llena de santidad y de experiencia en las cosas celestiales, guiábale amorosa por ese bello camino nuevo para él, pero de ella muy conocido.

Deseando entregarse á los sentimientos de piedad, arrepentimiento y gratitud, que le dominaban, Agustín hubiera querido estar solo con su madre en un lugar ignorado de los hombres, y sin otra ocupación que contemplar, bendecir y alabar á Dios; pero desgraciadamente se hallaba abrumado de trabajo, debiendo asistir á la cátedra va-

(1) «Quam suave mihi subitò factum est carere suavitatibus nugarum! Et quas amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium erat. Ejiciebas enim eas a me, vera tu et summa suavitas; ejiciebas et intrabas pro eis, omni voluptate dulcior, sed non carni et sanguini; omni luce clarior, sed omni secreto interior, omni honore sublimior, sed non sublimibus in se. Jam liber erat animus meus à curis mordacibus ambiendi et acquirendi et volutandi atque scalpendi scabiem libidinum. Et garriebam tibi claritati meæ, et divitiis meis, et saluti meæ, Domino Deo meo.» (*Confes.*, lib. IX, cap. I.)

rias veces por semana, hablar también en público y, además, dar ante una juventud escogida y numerosa lecciones de Elocuencia, que exigían larga y meditada preparación. Esto lo miró como un martirio, así que su primer pensamiento fué presentar la dimisión y anunciar al público que dejaba la cátedra; pero estando ya á fines de Agosto, empezando las vacaciones el 16 de Septiembre y restando por consiguiente veinte días escasos, creyó preferible tener paciencia, retirarse sin ruido y no entregar al juicio de los hombres una determinación, que Dios sólo debía conocer. No era que Agustín temiese este juicio, puesto que él mismo exclama: «Vos habíais heri»do mi corazón con las flechas de vuestro amor, »y vuestras palabras, oh Dios mío, atravesaban »mi alma como saetas de fuego: los ejemplos de »vuestros servidores, á quienes antes que á mí »habíais convertido de las tinieblas á la verdade»ra luz, y de la muerte á la vida, me encendían »de tal manera, que todas las contradicciones hu»manas, por vigorosas que fuesen, no habrían »conseguido sino avivar la llama, bien lejos de »extinguirla.» Pero si no temía las críticas de los unos, debía temer las alabanzas de los otros; y publicando su determinación, exponíase á que se fijasen en él, y á recibir acaso grandes aplausos. Estas razones le parecieron decisivas, y en

parte por prudencia, y en parte también por modestia, se resolvió, aunque le fué muy costoso, á desempeñar su cargo hasta las vacaciones (1).

Mas la retirada de Agustín, á pesar de tanta cautela, no era fácil de realizar. Hacía dos años que enseñaba en Milán con éxito extraordinario: su talento, su elocuencia, su corazón y su palabra, que eran de primer orden y, por el gusto entonces reinante, muy estimadas, le habían ganado las ardientes simpatías que acompañan siempre á quien sabe hablar con el corazón y con el alma. Por desgracia Agustín había entregado la suya con perjuicio de la salud, al joven auditorio que le favorecía; su pecho estaba irritado, y su garganta sólo producía una voz débil y sin extensión; presintiendo todos que, devorado por el excesivo amor al estudio, y dotado de organismo sumamente delicado, no podría continuar mucho tiempo dando lecciones de Elocuencia.

Cuando por primera vez comprendió Agustín su triste estado, no pudo contener las lágrimas; pero ahora que soñaba sólo con la contemplación y la soledad, no anhelando otra cosa que el amor de Dios, celebraba su situación y se regocijaba de poder conseguir el silencio, ocultan-

(1) *Confes.*, lib. II, cap. II.

do el verdadero motivo y fundando su dimisión en el mal estado de salud.

Todavía existía otra dificultad capaz de impedir la realización de sus planes; pues Agustín era pobre, y para vivir y sostener á su madre, no contaba con otros recursos que con los de su talento y de sus lecciones públicas; pero afortunadamente, Romaniano, siempre generoso y delicado, se hallaba en Milán, y ya más de una vez había puesto á disposición de Agustín los recursos necesarios, para que se retirara á la soledad y al descanso que le eran indispensables. «Tú, »noble amigo, le escribía meses después San »Agustín, tú que ya habías protegido la cuna, »y por decirlo así, el nido de mis primeros es»tudios; y que más tarde animaste la iniciativa »de mis primeros vuelos; tú también has venido »ahora en mi ayuda. Si puedo disfrutar reposo, »y verme descargado de trabajos inútiles; si res»piro, si soy dueño de mí mismo, y estoy re»concentrado en mí dedicándome exclusivamen»te á la contemplación de la verdad, á ti es á »quien debo tanta dicha; porque cuando te des»cribí la turbación de mi alma, y te declaré que »no sería dichoso mientras no pudiese entregar»me tranquilo al estudio de la sabiduría, ma»nifestándote al mismo tiempo que mi madre y »mi hijo, á quienes debía sostener, me impedían

»realizar el proyecto; tú, ansioso de que el pen»samiento pudiera ejecutarse, no sólo me pro»metiste la libertad necesaria, sino venir á dis»frutar de ella conmigo (1).»

Tranquilo ya por esta parte, gracias á la generosidad de Romaniano, y vislumbrando no lejos el retiro que tanto ansiaba, Agustín terminó el curso de Elocuencia; pero aquellos veinte días le parecieron un siglo: no pensaba ya en los estudios, su mente estaba en otra parte, y el único consuelo, al volver á casa fatigado por el trabajo, era cerrar su puerta y, á solas con su madre, conversar sobre las maravillas que había obrado Dios en él.

Como Santa Mónica deseaba, al par que su hijo, retirarse á la soledad y presenciar la transformación que en él venía realizándose, mediante la cual terminaría Dios la grande obra, comenzada hacía veinte días; tan luego como empezaron las vacaciones, se fué con Agustín á la casa de campo que les tenían preparada. Un amigo de éste llamado Verecundio, á quien había confiado su pensamiento, y era comprofesor, le había ofrecido su quinta, que Mónica aceptó sin vacilar; y sobre el 16 ó 17 de Septiembre del 386, fué á instalarse en ella con su hijo.

---

(1) *Contra Acad.*, lib. II, cap. II.

No se sabe con exactitud el sitio que ocupaba, pero tenemos de ella una buena descripción, y conocemos perfectamente la vega en que estuvo situada. Era una de esas vastas y agradables casas de campo, que acostumbraban á edificar los romanos en la decadencia del Imperio; con espaciosas salas, pórticos cubiertos, baños, biblioteca, terrados exteriores, hermosas arboledas á su rededor, todo anchuroso, claro y bien ventilado; en una palabra, con cuanto puede desear el hombre que quiere hacer de su quinta un lugar de recreo, de goce y de descanso. Contiguo á ella había un prado que recreaba la vista y que, rodeado de grandes árboles, invitaba al paseo ofreciendo á la vez sombra para la lectura. Su extremidad estaba cortada por el lecho peñascoso de un torrente, seco una parte del año, pero caudaloso durante el deshielo de las nieves y después de las lluvias del otoño; interrumpiendo entonces la tranquilidad del valle con el ruido monótono de sus aguas. Desde las ventanas y terrados de la casa descubríase un paisaje sumamente delicioso, bastante extenso para explayar la vista, y terminado á lo lejos por elevadas montañas, que llevaban al cielo las miradas del espectador. Estas montañas, que eran las primeras de los Alpes y Apeninos, formaban un inmenso círculo, dentro del cual se distinguían praderas, viñas, huertos,

jardines, frondosos montecillos y azulados lagos, cuyas aguas brillaban con el sol; resultando un todo parecido por su verdor á las campiñas de Suiza, bien que con tonos más fuertes, efecto del clima italiano. Finalmente, la casa estaba edificada sobre una eminencia, á fin de gozar cómodamente de la grandeza y apacibilidad del admirable espectáculo (1).

El estío terminaba entonces, el sol de otoño derramaba sobre la campiña sus tibios rayos, y las hojas de los árboles, si no habían comenzado á caer, empezaban á tomar esos pálidos colores de amarillo y rojo, que por entonces dan al campo tanto esplendor: era la estación en que la naturaleza parece revestirse de gravedad y tristeza, cual si fuera á morir luego.

Hay estados del alma, durante los cuales se siente encanto extraordinario, paseando en sitios como éste. Pues bien, en uno de aquéllos llevó Mónica su hijo á tan bello lugar y á campiña tan recogida, para ocultar allí el gozo que á ambos dominaba, y prepararle al gran día del bautismo.

Habíanles seguido diferentes jóvenes á quienes las relaciones de parentesco y de amistad,

(1) La descripción está tomada con particular esmero de las diferentes obras que San Agustín escribió en Casiaco.

la identidad de origen y de estudios, y las mismas inquietudes y pasiones habían agrupado en torno de Agustín, vislumbrando casi todos la deliciosa aurora de la fe.

Conviene que nuestros lectores conozcan los principales. Era el primero Adeodato ó Diosdado, hijo de Agustín, el cual, salido apenas de la adolescencia, hacía ya presentir que igualaría á su padre en las buenas cualidades y en su gran talento. «Llevamos con nosotros, escribe, »al joven Adeodato, que era mi hijo natural y »fruto de mi pecado, al que Vos, Señor, habíais »dotado de buenas y excelentes cualidades. Aun »no tenía quince años, y ya aventajaba en in»genio á otros muchos que por su edad é ins»trucción figuraban entre los hombres graves y »doctos. Revelábanse en él cada día nuevas y »extraordinarias dotes, y su precoz imagina»ción me tenía pasmado (1).» Por fortuna á tan buenas cualidades acompañaban una piedad é inocencia nada comunes, siendo él quien, oyendo un día preguntar, ¿qué hombre lleva á Dios en sí mismo?, contestó sin vacilación: «el que

(1) «Adjunximus etiam nobis puerum Adeodatum ex me natum carnaliter de peccato meo. Tu bene feceras eum. Annorum erat ferme quindecim, et ingenio præveniebat multos graves et doctos viros... Horrori mihi erat illud ingenium.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VI.)

»vive castamente». Y como Agustín insistiera deseando saber si por esta palabra, entendía únicamente la huída de grandes faltas contra la virtud de la castidad, «¡Oh, no! respondió, »para que el alma sea verdaderamente casta, es »necesario que piense siempre en Dios sin dejar »de mirarle, y sin aficionarse más que á Él solo.» Aun no había recibido Adeodato el santo bautismo, pero se preparaba á hacerlo con tal ardor, que su abuela Santa Mónica creyó debía moderarle. Al ver su precoz ingenio y virginal candidez, preguntábase á sí misma qué tendría Dios reservado para el día en que el espíritu y el corazón de Adeodato alcanzasen su completo desarrollo. Pero ¡ah! este día no debía llegar. Una infancia angelical, una juventud purísima, el bautismo, que recibió con disposiciones santas, y la muerte poco después, he aquí la corta pero preciosa carrera de este niño. «Recuérdole siempre »con gozo, escribe San Agustín, porque ni en su »infancia, ni en su niñez, ni en tiempo alguno »de su vida, encuentro cosa que pueda empañar la »buena memoria que de él conservo (1).»

Sigue después Navigio, hermano de San Agustín, y segundo hijo de Santa Mónica. Bautizado hacía mucho tiempo, piadoso, tímido, de natu-

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VII